REFLEXIÓN XI

EL CORAZÓN DE JESÚS.

Charitate perpetua dilexi te.
Yo te he amado con un amor eterno.
IEREMIAE. XXXI, 3.

I

UNA de las principales causas de satisfacción y consuelo, acá en la tierra, es la protección que nos dispensa cualquiera de nuestros semejantes. Seguros de la voluntad que tiene de hacernos bien, hasta donde sus fuerzas alcancen, volvemos á él nuestros ojos en las posiciones difíciles, en las aflictivas circunstancias que vienen á rodearnos más de una vez en el curso de la vida, y nuestro corazón guarda, como un tesoro, con alegría y gratitud, la memoria de aquella predilección bienhechora. Pero sería ignorar lo que debemos á Nuestro Salvador, si para conocer cuánto nos ama, partiésemos de esta consideración: ¿Cómo equiparar los beneficios que recibimos de los hombres, con los bienes inmensos de que nos ha colmado el Señor, por el amor que nos tiene? No es

posible medir el océano de caridad hacia nosotros que se encierra en el Corazón de Jesucristo; pero estamos obligados á meditar su inmensidad, aunque no sea más que por las demostraciones que nos ha dado, y por la paciencia con que sufre nuestra deplorable ingratitud.

La caridad infinita de Dios nos tuvo presentes desde antes de todos los siglos: porque siendo Dios la personificación más alta y la más inefable de la caridad, ó para decirlo mejor, la caridad misma, jamás ha dejado de amar al hombre, en quien, si por una parte se reunen las desgracias y las miserias todas, consecuencias del pecado, se conserva por otra, y permanece grabado el reflejo Divino y la imagen de la Adorable Trinidad. En los consejos eternos, allá entre los resplandores de la Santidad infinita, brilló, apacible y magnífica, la voluntad omnipotente de salvar al género humano, y también entonces, en medio del majestuoso silencio de la bondad y del amor, se dejó escuchar la voz omnipotente del Redentor, que se ofreció á cumplir la obra máxima de la caridad. ¡Qué hermoso es distinguir allá en las altísimas profundidades del Misterio de la Encarnación, el augusto nombre de Jesús, escrito á la cabeza del gran libro de la predestinación Divina, y contemplar también, escrita con radiantes caracteres en el centro del Corazón de Jesucristo, la ley de la infinita caridad! *Et legem tuam in medio cordis mei.*[1]

1 Salm. XXXIX, 9.

II

La presencia visible del Salvador sobre la tierra, en los años de su vida mortal, fué la sublime irradiación del celestial fuego que vino á encender en todos los corazones: sus palabras dieron á conocer la justicia, la verdad y la misericordia, para elevar el género humano al conocimiento de su verdadero fin, y al deseo de la gloria ofrecida. Su corazón jamás escondió, sino que publicó sin cesar cuanto debía servir á la rehabilitación y á la grandeza de las almas que había venido á buscar. *Justitiam tuam non abscondi in corde meo.*[1] David, cuando vaticinaba esta laboriosa obra del amor de Jesucristo á los míseros descendientes de Adan; cuando en espíritu le miraba rodeado de la ceguedad y de la injusticia del mundo; cuando le admiraba como principio vivo y fecundo de una constancia infinita, entonces no podía abstenerse de ponderar la magnitud del amor divino en los trabajos y padecimientos del Salvador, cuyo corazón en Getzemaní llegaría á encontrarse en un misterioso abatimiento, á impulsos del amor mismo. *Cor meum dereliquit me.*[2]

No es dado recorrer, uno por uno, los ejemplos de todas las virtudes con que Jesucristo nos enseñó el camino del cielo, ni explanar toda la idea de

1 Salm. XXXIX, 11.
2 Idem idem, 13.

la humildad y de la mansedumbre, que quiere que aprendamos en su Divino Corazón, y que son el fundamento de la piedad y de la perfección cristiana. No es dado tampoco seguir por su orden, los eminentes rasgos de su misericordia con los pobres, con los enfermos, con los afligidos; de su amor con los niños, de su ternura con los pecadores. La viuda de Nain, las hermanas de Lázaro, el paralítico de la piscina, y tantos otros, vendrían á decirnos que si el amor del Salvador hacia ellos fué muy grande, aquellos prodigios simbolizaron el amor que tiene á nosotros. Subamos, por lo menos con la consideración, al Calvario, donde Jesucristo muere para darnos la vida. El sacrificio ha sido consumado, y las cadenas de la muerte y de la culpa se han trozado ya. Pero es necesario que el mundo vea con sus propios ojos el exceso del amor divino; es necesario que la lanza del soldado abra el corazón que siempre ha latido por nuestra felicidad; es necesario que quede abierta á todas las generaciones la fuente de la vida en el Corazón amantísimo de Jesús.

III

A todos estos incomprensibles testimonios de su infinita caridad, quiso nuestro Divino Redentor agregar el más increible, el más admirable, haciéndose plenamente nuestro en el Sacramento de su amor. Debe afirmarse que en los secretos del San-

tísimo Corazón de Jesucristo, estaba reservado este prodigio, en que se manifiesta de una vez, todo lo que Dios nos ama. Su vida eucarística es un continuo beneficio, la comunicación íntima que establece con los que dignamente le reciben, es la prenda segura de la vida eterna; el anonadamiento á que se reduce, bajo humildes apariencias, es la expresión más clara de que nos ama. ¡Felices los que amando á Jesucristo en la Eucaristía, pueden oir y sentir las oscilaciones de su Divino Corazón!

Pero no sería disimulable el silencio sobre otra prueba todavía mayor de la Divina Caridad, porque es una prueba que irresistiblemente nos convence de que Jesucristo nos ama, y de que debemos amarle. Este amable Salvador, presente en medio de nosotros, ve nuestro olvido y sufre; ve nuestra ingratitud, y espera; ve nuestros desprecios, y perdona. Fuente de mansedumbre y de humildad, no desiste de la generosa resolución de llamar constantemente á las puertas de nuestro corazón, para que aprendamos á imitarle, y le consagremos la voluntad de ser suyos por el amor. Desde el fondo de su tabernáculo habla al género humano, sumergido en los deseos terrenos y en la vanidad del siglo: "Hijo mio, dame tu corazón."[1]

[1] Proverb. XXIII, 26.

IV

El designio divino, tan digno del mismo Dios, como necesario para nuestra felicidad, es la unión perpetua del Corazón de Jesucristo con el nuestro, amándonos Él y amándole nosotros. ¿Y veremos realizado este designio? En todo corazón existe un sentimiento, tan misterioso como irresistible, que nos conduce á lo que reputamos como bien. ¿Hay acaso alguno que no haya sentido esa inclinación vehemente, que le arrastra á cualquiera perfección donde quiera que la encuentre? Si pues la ley del amor es universal, agradezcamos á nuestro Divino Salvador que venga á dirigirla en nosotros, mostrándonos los misterios y las bondades de su amante corazón. Una convicción profunda debe reinar en los corazones de los hombres: la de que el amor á lo visible, á lo ilícito y á lo pecaminoso, es el punto de partida de todos los extravíos; así como también debe ser íntimo el convencimiento, de que Dios y el prójimo son el más noble, el único objeto de nuestro amor. Hé aquí al Corazón de Jesucristo arrebatando nuestro amor, y enseñándonos, con el amor que nos tiene, á amar á nuestros prójimos; hé aquí al Corazón de Jesucristo, como el resumen práctico de la Ley divina; hé aquí al Corazón de Jesucristo, como el camino que nos conduce á nuestro último fin. Es, pues, un deber la resolución de manifestarle nuestro amor, por todo el tiempo de nuestra vida, obedeciendo con

docilidad su Divina Ley, porque el mismo Salvador nos dice que en la observancia de sus preceptos consiste el signo que distingue á los que le aman. Si llega á convencerse nuestro corazón de cuán suave es el Señor, y cuán dulce su Ley; si llega á arraigarse de una vez para siempre el amor divino en nuestras almas, ¿qué podrá separarnos de Él? ¿Acaso la tribulación, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecución?....[1]

V

Jesucristo, en estos últimos tiempos, ha querido mostrar más especialmente su Divino Corazón al hombre y á la sociedad, á semejanza de un padre que después de haber agotado las expresiones cariñosas que caben en el lenguaje humano, y todos los recursos que encierra el amor paternal, para contener al borde del precipicio á un hijo amado, llama de pronto al hijo ingrato, y descubriendo su pecho, le dice: ¡Mira! hé aquí mi corazón; si conoces otro que te ame con más sincero amor, corre, dale el tuyo y despedaza el de tu padre.

"Así ha hecho Jesucristo, Padre de los hombres y de las sociedades modernas, en el momento en que iban á precipitarse en el espantoso abismo de la indiferencia y la impiedad. ¡Hombres! parece que les dice, olvidad cuanto hice por vosotros, y mi pesebre, mi destierro, mi sangre y mi cruz; mas ya

1 A los Romanos, VIII, 35.

que habeis sido hechos para amar, os falta un corazón: tomad el mio y en cambio os pido el vuestro. Es imposible que vuestro corazón no se entregue á alguno, porque no puede vivir sin amar, ni amar sin venderse ó darse. Si vuestro corazón está para venderse, ¿quién puede comprarlo mejor que el que es su bienaventuranza, su fin y su eterna recompensa? Si está para darse, ¿quién merece mejor poseerlo que el que os lo ha hecho? El mundo, la impiedad y el dinero, os piden el corazón para cambiarlo en un infierno, y Yo os lo pido para hacer de él un paraíso en esta vida: escoged."[1]

Algunos corazones dóciles y sensibles que conocen la vanidad de los bienes del mundo, oyen y se esfuerzan en vivir para Jesucristo. Pero las naciones engreidas con su orgullo, hundidas en los goces materiales, y aturdidas por esa filosofía sensual, que sólo sirve para tardíos desengaños, vuelven la espalda á Jesucristo, le excluyen de su legislación, le consideran como enemigo de la sociedad, le cargan de injurias y desprecios. A pesar de ésto, ¡oh bondad divina! Jesús, en el silencio de su altar solitario, dirige al género humano las palabras que dirigió al pueblo judío: "Pueblo mio, ¿qué te hice? ó ¿en qué te he entristecido? Respóndeme." ¡Ah! La confusión debiera cubrir nuestra frente, y el dolor desgarrar nuestro corazón. ¿Acaso ha contristado nuestra alma ese Dios de infinito amor, que sembró de soles el firmamento, que enriqueció de bellezas la tierra, que vistió el Universo con toda

1 Gaume. Catecismo de perseverancia. Lección XLIV, tom. 8.

la magnificencia de su poder? ¿Acaso nos ha contristado al venir del cielo para derramar su sangre y dar su vida por salvarnos, al enseñarnos con su doctrina la verdad y con sus ejemplos la virtud? ¿Acaso nos ha contristado acompañándonos en nuestro destierro con su presencia real en la Eucaristía, hace ya diez y nueve siglos?

A cada uno también en particular dirige la misma queja, capaz de ablandar un corazón de bronce. *¿Quid feci tibi? ¿aut in quo contristavi te? Responde mihi.* Abramos los oídos á tan tierna reconvención. "¡Alma cristiana, hija mia! ¡Yo te libré de la cautividad, y te alimenté con el maná, y tú has preparado una cruz para tu Salvador! Yo te he protegido y guardado como las pupilas de mis ojos; ¿qué más podía hacer por tí? ¡Y tú has preparado en tu dureza é infidelidad un nuevo tormento á tu Salvador!"

VI

Se oyen estas justas frases, salidas del Corazón ardiente de Jesús, se entienden, y aun se detiene el alma por un instante á meditarlas, como herida por un dardo de fuego. Y sin embargo, Jesús que es nuestra felicidad, y que quiere nuestra felicidad, ve que no la buscamos en Él. Y se contrista, y vuelve á dirigir sus amorosas quejas.

¡Qué misterio es éste, tan incomprensible, cuando más le queremos comprender, tan constante, cuando más le olvidamos, tan amable, cuando más

nos apartamos de él! El corazón humano sabe que no es feliz sino unido al Corazón de Jesucristo. ¿Por qué, pues, no se une á Él? Sabe que los objetos sensibles del mundo no le satisfacen, y sin cesar busca otros nuevos. ¿Por qué se adhiere á ellos con tanto afán? Es que dentro del corazón existe una tendencia irresistible á lo que pueda servir á su felicidad; es que las ilusiones más de una vez desvanecidas, no le aleccionan, sino que inflaman con ardor más vivo sus deseos. Y se aflige, y sufre, y padece, y es víctima continua de una inclinación siempre naciente, jamás extinguida. Y se precipita de abismo en abismo, y lo pierde todo, y olvida su noble origen, y renuncia su hermoso fin, por correr en pos de una sombra, que sus manos no pueden alcanzar, ó de una luz, que no puede coger sin que se apague. Delirios grandes tiene la juventud, no los tiene menores la vejez; la vida entera se consume respirando el aroma atractivo de flores imaginarias; y al abrir las manos en el momento de la muerte, ningún fruto bueno; están llenas de frutos malos. ¿Qué te hice, exclama entonces Jesús, para que me abandonaras? ¿Te contristé acaso prometiéndote la verdadera felicidad? Respóndeme ahora que lo conoces por tu propia experiencia.

Feliz el que al hacer estas reflexiones va sin demora á las puertas del Tabernáculo, y dice á Jesucristo, como San Pablo en el camino de Damasco: "Señor, ¿qué quieres que haga?"[1]

1 Hechos apostólicos, IX, 6.